

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES: *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*. Ediciones Cultura Hispánica. 1949. 140 págs.

Aunque sea lamentable tener que emplear un tópico para enjuiciar en su conjunto *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*, fuerza nos es recurrir al de que se trata de «una obra de obligada consulta», tan exactamente cumple la finalidad de informar a los curiosos o simplemente a los interesados en el tema africano la reciente publicación de José María Cordero Torres. Sin embargo, muy alejado está de la banalidad que suele ser complemento del tópico este libro que se arroja en una buscada sencillez de conceptos. Como lo dice su autor, porque «el africanismo ha calado en la masa de la nación», es preciso no dirigirse ya a la minoría que lo impulsó en sus principios, sino a esa gran mayoría que lo siente, sin conocer con precisión sus realizaciones, sus límites y su expansión, así como los hitos que jalonan el camino recorrido desde los albores del siglo XX hasta nuestros días. Otro de los motivos por los que *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea* se salva de ser una obra banal es por la personalísima exposición que José María Cordero Torres hace de datos, hechos y nombres, dentro de una sistemática tendente a brindarnos una visión de conjunto de la labor africana de España, que es una labor de continuidad y de fe, tanto en lo teórico como en lo práctico. En efecto: hay que considerar en el africanismo dos aspectos esenciales, distintos y complementarios, que José María Cordero Torres señala, delimitando sus campos respectivos, a la par que nos muestra sus mutuas influencias; son éstos el africanismo teórico y el práctico. Asimismo, dentro del africanismo teórico, hay que distinguir el oficial del particular, sea éste individual o colectivo, que no le va a la zaga al primero en lo que respecta a entusiasmo, constancia y logros.

Considerado el africanismo como una expresión de la inquietud

española, el autor de la obra reseñada muestra con minuciosa exactitud cómo plasmó aquélla en obras científicas, literarias, jurídicas, históricas e incluso artísticas. Hasta los familiarizados con el tema africano se admirarán ante este alud de nombres que José María Cordero Torres lanza sobre el lector, como jugándose de su desconocimiento de un mundo por donde él se pasea a sus anchas. Excusable será, por tanto, la sorpresa de aquellos que sólo de un modo lejano se preocupan de Africa al comprobar cuán nutrida, y bien nutridas en términos generales, están las filas de un africanismo que ha adquirido categoría de elemento de la vida nacional. *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea* agrupa los nombres y las obras de todos los africanistas contemporáneos, desde los periodistas hasta los investigadores, pasando por los publicistas, los conferenciantes, los historiadores, etc.

Refiriéndose a la obra realizada en Africa bajo forma de realizaciones tangibles en orden a lo cultural, no olvida la aportación de los españoles a la exploración del vecino Continente (especialmente la de Iradier), apeguándose José María Cordero Torres a trazar un cuadro claro y convincente de lo que ha sido y es la acción educativa y cultural de España en el Magreb, el Africa Occidental y Guinea. Los datos estadísticos que maneja con envidiable soltura brindan al lector una idea exacta del número de escuelas, de la población escolar, de la evolución del sistema de enseñanza, de las reformas recientemente llevadas a cabo, así como del esfuerzo que se ha hecho en el terreno editorial, radiofónico, deportivo, etc.

El título mismo de la obra lo indica; no se trata de establecer un estudio histórico —en el sentido pleno de la palabra— del africanismo español. Sin embargo, no podía ser éste un hecho producido por generación espontánea o una ficción artificialmente mantenida a lo largo de medio siglo, cuenta tomada en primer lugar de la notable discontinuidad en materia política que ha caracterizado ese período español, y, por otra, de la amplitud del movimiento africanista. Con acierto, a nuestro juicio, José María Cordero Torres no enlaza el africanismo actual con la secular preocupación africana de la Península, sino que la circunscribe al momento de desamparo que sufrió España cuando después de hispanizar a América y haberse tornado a su vez «país americano», por imperativo de su misión universal, se niega a «centrar en la tienda» al perder los últimos restos

de su Imperio en 1898. En escala reducida, luchando con obstáculos de difícil superación, algunas veces puestos desde el mismo Gobierno, España prosigue en Africa su esfuerzo civilizador, pero atemperado a las circunstancias con que se enfrentaba, muy distintas de las que halló en Hispanoamérica. A base de datos claros y precisos, abrumadores, José María Cordero Torres fundamenta su afirmación de que España en Africa sigue siendo fiel a sí misma. También nos muestra cuáles son los artífices de esta obra que, aun realizada en Africa, es promovida y alentada desde España. Y así se nos descubre el panorama africano en la cultura española de nuestros días, árbol ciertamente frondoso, aunque acertadamente esquematizado en el índice modelo de sencillez en el planteamiento del hecho y en la exposición de los conocimientos esenciales del mismo.

Los diversos capítulos a que se refiere el índice están nutridos de nombres consignados todos dentro de una tolerante objetividad digna de ser especialmente destacada en una obra de este tipo por un autor de bien conocida sinceridad. No obstante, lamentamos que José María Cordero Torres haya sufrido un pequeño olvido al enumerar los diversos aspectos del africanismo de España en lo que afecta a las manifestaciones de tipo literario. Cita novelistas, ensayistas; entre los artistas nos da el nombre de pintores españoles y marroquíes, incluso de escultores... ¿Por qué trata a los poetas como parientes pobres? En Larache se publica una revista de poesías bilingüe, *Al-Motamid*, la única en su género en todo Marruecos, creemos, que es una interesante forma de colaboración cultural hispano-marroquí, ya que lo mismo publica y traduce poesías de los jóvenes marroquíes como de los poetas españoles que buscan la íntima vibración poética de Marruecos. En Melilla también se edita *Manantial*, que aunque sólo publicada en castellano se preocupa preferentemente de la poesía referida al tema marroquí.

Esta nimia omisión pone de manifiesto que la extrema capacidad de recopilación de lo referente al africanismo de José María Cordero Torres no podía, a pesar de todo, abarcar en su extensión una realidad tan nutrida que se filtra soterráneamente en la vida nacional y escapa a la incansable atención de un africanista de la perspicacia y de los vastos conocimientos del autor de *El africanismo en la cultura hispánica contemporánea*.

C. M. E.

ELLEN HELLMANN: *Rooiyard, a Sociological Survey of an Urban Native Shum Yard*. Geoffrey Cumberlege. «Oxford University Press». Cape Town para The Rhodes-Livingstone Institute. Northern Rhodesia, 1948. 125 págs., 19 láms.

En la Sociología americana abundan los estudios sobre «Race Relations», y en el Brasil, Roger Bastide ha destacado recientemente los «procesos de aculturación» de los negros en sus trabajos de Sociología religiosa, sin que olvidemos la gran Sociología colonial francesa. Ahora nos llega del Rhodes-Livingstone Institute esta monografía, «Survey», sobre un patio de suburbio de Johannesburgo («Rooiyard»), que refleja un tipo de vida extendido por toda la Unión, que no afecta sólo a los «africanos» de la misma, sino a gran parte del proletariado negro. Al estudio sociográfico, al modo americano de «Urban Survey» —en que se describen sus casas y ajuar, el ambiente del barrio, su vida económica: ingresos y consumos (no falta un estudio de los presupuestos familiares concretos)—, se suman interesantes datos sobre el curso de la vida de sus habitantes —nacimiento, infancia, pubertad, matrimonio, convivencia social y muerte—, en que se refleja la supervivencia, desaparición y transformación de las costumbres tradicionales, con interesante material etnográfico. Cierran el libro dos capítulos más sistemáticos sobre «religión y magia», «destrribalización» y «occidentalización». El material fué allegado en un año de «field work», en difíciles entrevistas, sobre todo con mujeres. El objetivo era estudiar los contactos culturales y los cambios producidos en la cultura de los nativos en sus relaciones con los europeos. Ello exigía el conocimiento de las culturas originarias y de su evolución interna, de los distintos grados de influencia recibidos anteriormente y de un fondo común de culturas análogas («Parent cultures»).

No podemos entrar en la multitud de datos cuya recogida y elaboración es un modelo de estudios sociológicos, por lo que sólo destacaremos algunos aspectos.

El matrimonio tiende a ser cada vez más asunto de los contrayentes y no, como antes, de las familias. El divorcio y el cuidado de los hijos ya no es discutido por ellas, sino por los padres. Así se produce en el medio urbano el que se ha llamado proceso de desin-

tegración («König»). No obstante, los vínculos de parentesco tienen aún gran fuerza, incluso cuando media la distancia entre los que viven en la ciudad y en el campo. Son, sobre todo, los hijos que están en el medio rural con la familia los que mantienen los vínculos. En la vida urbana aún actúa como una institución de beneficencia no organizada ni legal, pero no por ello menos eficaz. En las zonas urbanas incluso entre los parientes más lejanos se crean los más estrechos vínculos económicos y rituales. Las circunstancias económicas, los matrimonios y uniones ilegítimas intertribales, las transformaciones del «lobola» del matrimonio —que originariamente determinaba la legitimidad de los hijos y servía de garantía de la conducta de los cónyuges— en un pago a los padres de la novia, el medio criminal de venta de licores prohibidos, son factores de «desorganización» de la familia, que se refleja en lo frecuente de los adulterios y de la prostitución.

La progresiva emancipación económica de los hijos amenaza a la familia y hace que éstos sientan que sólo su amor a los padres puede justificar su obediencia. Hay una crisis de autoridad, ya que la de la madre es demasiado débil para sustituir la falta del entramado social, de parientes, organizaciones sociales, opinión pública, estabilidad de residencia, en que en cada individuo y cada familia encuentra su puesto. He aquí el cuadro de la difícil adaptación de la familia tradicional a un medio social económico y moral radicalmente distinto, y en que su misión también ha variado totalmente.

Análogas dificultades presenta el cambio en la educación. La asistencia a la escuela, aunque muy irregular —considerada esencial, así como el aprendizaje del inglés—, ayuda al «ajuste» a la vida urbana. Pero no basta para sustituir la «gradual iniciación» del individuo en los distintos estratos de la sociedad, para cubrir el abismo entre la enseñanza y la formación en el hogar —que no existe en la vida tribal en que la educación y la vida van paralelas. Las ceremonias de pubertad y de iniciación colectiva —que en los varones, generalmente, tienen lugar en el medio rural— dan ocasión para realizar intensivamente esa educación social que marca el paso a una mayoría de edad social y a través de la cual se inculcan las tradiciones tribales.

Se ha afirmado que en el contacto cultural entre una cultura su-

perior y otra inferior se dan tres fases: una de asimilación intensa e indiscriminada, otra de vuelta a la cultura originaria y una final de penetración gradual y asimilación permanente. En lo que se refiere a la cultura material, los nativos urbanos no parecen haber pasado de la primera, y es poco probable que atraviesen la segunda. En lo religioso, sin embargo, Rooiyard muestra que han entrado en la segunda. Entre las mujeres cristianas de todas las sectas (un 96 por 100) hay muy pocas que se hayan separado totalmente de su fe tribal, un grupo mayor que ha perdido la confianza en la religión de los blancos y en algunos casos ha vuelto a la de sus antepasados, y la mayoría son asistentes ocasionales a la Iglesia y en los momentos graves vuelven a acordarse de la fe de sus antepasados. El contraste brutal entre la vida del blanco y la suya, de los salarios de aquél y los suyos, le han hecho sentir que el blanco ocupa una posición dominante y que él es definitivamente inferior, haciéndole dudar de la hermandad de todos los hombres que se le predicó. Algunos de los más educados postulan la vuelta a la religión tribal, pero la mayoría ya se ha distanciado demasiado de ella y tiene una religión de compromiso. Sienten que aquélla ya no satisface las necesidades de su vida privada, y entonces la magia —representada por los constantes servicios del «inyanga»— llena este vacío, confundida a veces y reforzándola otras con la antigua religión.

Los términos «destrribalización» y europeización, tan prolijamente empleados, amenazan confundirse cuando sólo se considera la adopción de la cultura material. Hellmann recoge tres notas como características de la destrribalización: 1) Residencia permanente en una zona distinta de la del jefe a quien normalmente debería prestarse obediencia. 2) Ruptura de las relaciones con él. 3) Independencia de los familiares rurales, tanto de su ayuda en épocas de paro o enfermedad como en el cumplimiento de las ceremonias que señalan los momentos principales de la vida. En Rooiyard los nativos viven temporalmente, tienen bienes en su poblado y piensan volver a su medio rural; la relación con el jefe difiere, sin embargo, todos lo reconocen como tal, y a su vuelta muestran su respeto y fidelidad; pero es, sobre todo, en su dependencia de los familiares donde más se muestra su vinculación a la vida rural. (De cuarenta familias relativamente asentadas veintidós tienen sus hijos con sus parientes en el campo, lo que significa un contacto permanente.) El proceso de destrribalización se ve

fomentado por los matrimonios intertribales y la educación de los hijos separados del ambiente tribal y retardado por los vínculos familiares y la labor de los adivinos y herbolarios. En el caso concreto se estima que sólo un 10 por 100 de la población está definitivamente destribilizada. La rapidez e intensidad de ese proceso ha sido exagerada al no considerar el distinto ritmo de los diferentes procesos sociales (destacado por Ogburn frente a la Sociología clásica). Así se produce una compleja síntesis que en cada familia tiene caracteres propios. Donde la transformación ha sido más profunda es en la vida económica al imponerse una economía monetaria, uniéndose paradójicamente la despreocupación bantú y el espíritu de lucro europeo.

En choque con los europeos y la multitud de contactos con nativos de otras tribus en la vida cotidiana están fomentando un sentimiento bantú, aunque aún no haya surgido una conciencia nacional bantú, tan temida por los blancos. No obstante, van surgiendo sectas, clubs, organizaciones económicas supratribales.

Lástima es que Rooiyard haya desaparecido —aunque subsistan en otros lugares las mismas condiciones de vida—, porque ello hace imposible estudiar el mismo medio quince años después, para descubrir su interna evolución, respondiendo al postulado de que la Sociología debe ser ciencia de la realidad como movimiento. Acaso en todo el estudio falte un poco ese intento de desentrañar el futuro trascendiendo del presente tan minuciosamente escrito, lo que probablemente hubiera exigido a su vez un mayor conocimiento del pasado. Sirvan ésta y otras obras análogas para que también en los estudios coloniales españoles penetre esa preocupación sociológica.

JOSÉ LINZ

MOHAMAD IBN AZZUZ: *Epítome de Historia de Marruecos*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1949. 274 págs.

Muchos libros y folletos se han publicado sobre la Historia de Marruecos en lenguas diversas, especialmente español, francés y árabe, pero pocas de estas obras responden a las condiciones de exactitud necesaria, pues a veces pecan de falta de accesos a las fuentes

de consulta o de desconocimiento del idioma árabe. Y las escritas en árabe desde los siglos medievales hasta hoy están en un estilo ambiguo y tosco, porque reflejaban el interés que movía a sus autores o el empeño en interesarse más por la personalidad de los reyes que por la vida de la nación y el pueblo en las diversas épocas.

Así puede decirse que la definitiva Historia de Marruecos no se ha escrito todavía. Pero para hacer una obra de esta índole es necesario que la preceda una serie de monografías sobre hechos aislados y períodos determinados que aporten el material necesario. Todo ello habrá de ser luego encuadrado en un marco rigurosamente cronológico, y por eso no es posible que la Historia se haga sin el cuadro previo. Mohamad Ibn Azzuz, joven y estudioso autor de Tetuán, ha realizado esa labor necesaria, con el epítome que ha editado el Instituto de Estudios Políticos. Mohamad Ibn Azzuz define su epítome como «un jalón en el camino que algún día nos ha de conducir a la verdadera y definitiva Historia de esta nación en español»; pero a pesar de esa declaración modesta es evidente que su libro representa mucho más y que, en líneas generales, puede considerarse como algo fundamental, ya que por vez primera pone en orden las fechas de todos los reinados desde la llegada del Islam hasta nuestros días.

Los hechos se exponen imparcialmente y en forma escueta, con la norma general de presentarlos tal como han sido legados, rehuendo los comentarios subjetivos. Todos los acontecimientos citados llevan doble fecha, la de la Hégira y la cristiana. Las normas de transcripción adoptadas para los nombres son las correctas, es decir, que se ajustan a las reglas fonéticas del árabe culto y no a variedades regionales de hablas vulgares. A la introducción histórica y el índice cronológico, que son las dos partes fundamentales del libro, acompaña una serie de notas, unos cuadros sintéticos y un léxico de nombres árabes.

En la exacta veracidad de los hechos se observa el mismo cuidado que en el método de exposición, aunque se haya deslizado algún «lapsus», acaso involuntario, como el de las páginas 45 y 46, en que no hace constar que fueron españoles quienes exploraron y dominaron el Africa negra de Timboctú y el Níger, aunque fuese teóricamente en nombre del Sultán Al Mansur-Addahabi.

En cuanto al significado personal del autor, el prologuista del



epítome, que es el célebre profesor de Ciencias del Islam, Sidi Tuhami-Al-Wazzani, director de la Enseñanza Religiosa Musulmana del Protectorado, lo define exactamente como una muestra selecta del nuevo espíritu que anima a los mejores elementos de la actual juventud marroquí, la cual aspira a hacer grande, próspero y adelantado a su país por la «acción justa y pacífica» de los hombres activos y trabajadores que, como Ibn Azzuz, buscan en sus obras la exactitud y precisión, según la técnica moderna.

Respecto al Instituto de Estudios Políticos hay que destacar que la publicación de esta obra es una nueva afirmación de su empeño en que cuestiones de tan vital importancia española como las marroquíes no tengan un falso matiz exótico, sino que siempre aparezcan incorporadas a lo más íntimamente hispano, a la par que se respeta el carácter propio de lo marroquí.

Respecto a estos asuntos magrebíes, que son los más entrañables por la mayor relación y proximidad con lo hispánico, lo mismo que respecto a las cuestiones arábicas en general, es cada vez más necesario y urgente situarlos en su terreno, dándoles el enfoque exacto, fríamente objetivo, que no es ni puede ser más que el cultural y científico. Por eso los temas hispano-arábicos han sido incorporados a los cursillos del Instituto de Estudios Políticos desde el pasado curso académico, y continúan en éste con formación de grupos de seminario, completado por clases de árabe viviente.

En resumen: el libro de Mohamad Ibn Azzuz, aunque no pretende, ni mucho menos, agotar ni resumir toda la materia tratada, es, como antes se ha dicho, algo fundamental en cuanto a su deseo de apuntar una metodología y de dar un encuadre lo más apretado posible de fechas para todos aquellos que se ocupen de situar los sucesos históricos en el marco de las épocas en que acontecieron.

R. G. B.

*Semaine Coloniale Universitaire* (Avril 1949). Publicación del Institut Universitaire des Territoires d'Outre-Mer, Anvers., Avenue Middelheim, 1949. 143 págs.

Con motivo de la Semana Colonial de Amberes, celebrada en abril de 1949, el Instituto Universitario de los Territorios de Ultra-

mar ha reunido en una bien cuidada publicación los trabajos presentados en dicho Congreso, que son de gran interés por permitirnos una visión de conjunto de los criterios seguidos en los territorios, protectorados y colonias por las naciones europeas. En efecto, Inglaterra, Francia, Portugal, España, Holanda y Bélgica, naturalmente, estuvieron representadas en esa Semana Colonial, y por boca de sus delegados expusieron los puntos de vista fundamentales de sus métodos, encaminados todos a conseguir la evolución y el progreso de los países adonde les llevó una misión civilizadora. A este respecto destacamos la intervención inicial del representante de Portugal, señor Mendes Corrêa, cuyos extremos confirmó el Jefe de la Delegación española, señor de Luna García, relativa a que los principios fundamentales de la colonización de Portugal y España, países de vieja tradición cristiana, han sido la primacía de los derechos de los colonizados y la responsabilidad internacional de los colonizadores.

De las conferencias y ponencias de las diversas representaciones se desprende que los seis países colonizadores, sin distinción, aplican, según han afirmado, una política de emancipación progresiva de los autóctonos y que sólo difieren entre sí las modalidades de aplicación en razón de las peculiares condiciones locales, muy distintas de uno a otro territorio. Por doquier se observa el deseo de respetar la tradición siempre que no suponga un impedimento a la marcha del progreso y al propósito de asegurar la representación democrática de los intereses locales mediante la gestión administrativa de los indígenas capacitados.

El problema de la educación política de los indígenas en el marco de las recomendaciones de San Francisco y en lo que al Congo belga se refiere, tema desarrollado por el señor Marzorati, muestra que se inicia progresivamente el indígena a la vida administrativa, previa la organización federativa, sobre la base de un origen étnico común, del mosaico de pueblos de esa vasta colonia. Por lo demás, siendo el progreso político el complemento del progreso económico y social, hay que llevar a cabo, subrayó el señor Marzorati, una gran obra en pro de la enseñanza técnica y profesional, la creación de cooperativas y el desarrollo de los centros de experimentación agrícola, aparte de una revalorización general del país supeditada en parte a la mejora de las comunicaciones. No obstante, la instauración de un régimen democrático integral y la concesión de la autonomía al Con-

go belga exige que se logren antes diversas etapas de evolución para no correr el riesgo de lanzar la mayoría a la aventura de verse tiranizada por una minoría más evolucionada que aquélla.

En las colonias inglesas, tales metas se han perseguido a través del establecimiento de servicios públicos limitados a los intereses directos de ciertos grupos que han adquirido así una noción de su responsabilidad política y financiera que les confiere un sentido claro de la ciudadanía. La representación local se opera por selección mediante la organización de una pirámide de Consejos, señaló Sir Hawkesworth, representante de Inglaterra. Por otra parte, el sistema hace asequible cualquier puesto administrativo o judicial a cualquier africano capacitado.

En las colonias portuguesas, expuso el señor Mendes Corrêa, para la defensa de los intereses de grupo se ha aplicado el sistema de la administración indirecta, y para los intereses generales se ha permitido la entrada en los Consejos de las colonias, e incluso de la Metrópoli, a los naturales que ejercen por esta razón funciones sumamente variadas.

La acción de España en el Africa Ecuatorial y en los restantes territorios africanos, que fué objeto de una minuciosa ponencia establecida por nuestro compañero el señor Cordero Torres, de la que leyó el señor De Luna los principales párrafos y que *Semaine Coloniale Universitaire* publica íntegra, señala singularmente el esfuerzo de España para que los obreros guineanos se conviertan en pequeños propietarios, aun en evidente perjuicio de los colonos españoles, así como el desarrollo de las cooperativas que permiten al indígena participar en la vida local y comercial de su país a través de las Cámaras Agrícolas y Forestales, donde sin distinción racial tienen su puesto españoles y guineanos.

El representante francés, señor Delavignette, tendió, ante todo, a destruir la especie, que calificó de errónea, de que Francia ha practicado intensamente una política asimilacionista. La verdad, dijo, es que Francia trata de practicar una política de asociación a través de los Grandes Consejos y de los Consejos Representativos elegidos que dirigen los intereses de los territorios y aprueban sus presupuestos. Expuso, además, el propósito de establecer en las zonas rurales organizaciones municipales. Insistió igualmente sobre el hecho de que los territorios no autónomos están representados por dipu-

tados y senadores en los organismos de la soberanía nacional francesa.

Frente al hecho consumado de la autonomía de Indonesia, el señor Moeller de Ladderson, que representaba a Holanda, se ocupó de esbozar el cuadro de un proyecto que tiende a organizar a la sociedad indígena sobre la base cooperativa, al tiempo que se mostró favorable a una organización también cooperativa del campo.

En general, de todas las comunicaciones, en especial de las belgas, se desprende que se está haciendo un notable esfuerzo en los territorios ultramarinos para difundir no sólo la enseñanza primaria y secundaria, sino también la superior, ello a pesar de las dificultades por vencer de la que no es menos ardua el grado de evolución mental de los pueblos negros, como indica el señor Vanhove, refiriéndose al Congo belga, pero con argumentos que se pueden hacer extensivos a los restantes territorios. La organización de la justicia y de los tribunales también retuvo la atención de la Semana Colonial, dando motivo este tema a discusiones en lo que respecta a la discriminación en cuanto a la composición de los tribunales, establecida no por motivos raciales —todos los representantes afirmaron con idéntico calor estar a salvo de tan nefando prejuicio, incluso el anglosajón—, sino teniendo en cuenta una innegable diferencia de grado de evolución. La exposición de los esfuerzos tendentes a mejorar el estado sanitario de las colonias muestra que aun cuando falta mucho camino por recorrer, no es menos cierto que las enfermedades típicamente coloniales están en regresión.

Es de lamentar que por motivos de espacio nos veamos constreñidos a considerar tan rápida y superficialmente las comunicaciones que recoge esta interesante publicación que permite cotejar criterios, métodos y resultados expuestos en un ambiente de cordialidad y mutuo deseo de conocer la obra realizada por naciones europeas que, pese a todo error y a toda crítica, han contribuido a extender en Ultramar principios civilizadores y de progreso que tal vez no hayan dado todos los frutos que eran de esperar por la falta de cooperación sincera entre las naciones para llevar a cabo una obra común en más de un aspecto.

En cuanto a soluciones y directrices de porvenir las señala casi exclusivamente el señor Cordero Torres en las conclusiones de su trabajo que ha merecido destacada mención en el balance de esta

Semana Colonial, de lo que nos congratulamos más por patriotismo que por compañerismo. «España estima que la acción colonial ha entrado en una nueva fase que implica objetivos más o menos semejantes a los señalados por el artículo 73 de la Carta de San Francisco, es decir, la limitación de los poderes metropolitanos, que eran antes discrecionales, en beneficio de la intervención de los indígenas en su propio Gobierno, y el control del uso que pueden hacer del mismo por organismos supranacionales a los que tendrían acceso las poblaciones indígenas y los países interesados.»

C. M. E.



# NOTICIA DE LIBROS

